

CARTA 4 Sobre la decadencia de América Latina y la incapacidad de pensar bien

Si América Latina ha decaído, comparándola con su ubicación a nivel mundial en 1900, podemos preguntarnos cuanto de esto se debe a que América Latina ha pensado mal. Podemos preguntarnos luego, qué responsabilidad cabe en ello a quienes nos hemos atribuido la profesión de pensar y de transmitir pensamientos; es decir, al medio de los intelectuales-docentes.

Si decaemos es porque pensamos mal o al menos pensamos peor que otros que no decaen. ¿En qué sentido hemos pensado mal? Quienes estudian las ideas en América Latina deben ser capaces de decir una palabra respecto al cómo, porqué, cuando se ha pensado mal en el continente.

Voy a aventurar una hipótesis, que no debe ser tomada como única, y luego voy a ilustrarla con algunos ejemplos. La intelectualidad latinoamericana frecuentemente no se toma en serio ni se respeta a sí misma, construyendo su discurso como palabrería, en un medio con escasa densidad cultural. La falta de densidad facilita un discurso que responde a las modas, al buen tono, al ser simpático, a la necesidad de legitimarse ante el primer mundo, evadiendo la radicalidad del pensamiento. Estas son algunas formas del facilismo y de la deshonestidad intelectual.

Ello me parece particularmente nítido en uno de los discursos más recurrentes y consensuales, el de la integración. ¿Por qué se avanza tan poco en un asunto en el que aparentemente hay tanto acuerdo, casi desde Bolívar para acá? En primer lugar, porque cuando se habla de esto es para satisfacer las apariencias del buen tono. No se habla para generar verdaderamente integración, no es esa la racionalidad del discurso, sino contentar al auditorio y ser simpático al otro. La alta legitimidad que tiene el tema de la integración otorga prestigio a quien lo utiliza, por lo que en demasiadas ocasiones no se aborda el tema para pensar el problema o proponer soluciones, sino únicamente para obtener legitimidad. Aceptemos, por el momento, que se habla de integración muchas veces por decir algo agradable más que por un auténtico deseo de practicarla o realizarla. Sin embargo, el mismo hecho que se le considere como un discurso legitimador es porque posee legitimidad, es decir, porque muchas personas la consideran positiva. Además, en un discurso algo light, integración es un concepto cercano a amistad, buena convivencia internacional, armonía y paz perpetua. No es por casualidad que, en general, los “integracionistas” pertenezcan a la tradición idealista en relaciones internacionales.

Pero la legitimidad del integracionismo viene igualmente del hecho que importantes pensadores latinoamericanos lo han proclamado. Personas como Simón Bolívar, Francisco Bilbao, José Enrique Rodó, Manuel Ugarte, Víctor Raúl Haya de la Torre, Gabriela Mistral, Raúl Prebisch, Felipe Herrera, Darcy Ribeiro, Leopoldo Zea y tantos otros han proclamado la necesidad de la integración latinoamericana.

Es cierto que hubo quienes acentuaron más bien dimensiones políticas, otras personas acentuaron dimensiones económicas y culturales. Hubo quienes propiciaron una integración defensiva, como una especie de sindicato de los países pobres para defenderse de los ricos, otros con la idea de un nacionalismo continental, propusieron crear la gran nación iberoamericana. Sin embargo, a pesar de las diferencias, normalmente se concibió la integración teniendo como principal o único agente al Estado. Incluso en la actualidad cuando se trabaja el tema de la ciencia y la tecnología, las más de las veces, quienes piensan el tema, formulan recomendaciones, sugerencias o peticiones al Estado, más que a los sectores empresariales que podrían financiarla o a los agentes educacionales o propiamente científico-tecnológicos. El pensamiento latinoamericano sobre integración ha sido eminentemente estatista. De hecho la intelectualidad, en el paradigma predominante, ha quedado con las manos atadas, acaso decidió contentarse con roles de asesoría. Al no poder asumir un papel más activo, la intelectualidad ha sublimado su frustración con una fraseología que no hace sino acallar su impotencia.

El segundo ejemplo es todavía más revelador. Existe en algunos círculos una costumbre por exaltar el sacrificio del Che Guevara. Curiosamente quienes lo exaltan no piensan seguir el camino del Che, ni en lo específico de irse a la guerrilla de la selva, ni en lo general de morir por cualquier causa. Podría pensarse que se trata entonces de motivar a los estudiantes para que ellos sigan el ejemplo del Che. Si así fuera, es@s profesor@s se quedarían sin estudiantes y perderían su trabajo, por lo que tampoco puede ser una explicación. La hipótesis conduce a explicar este hecho por el deseo de ser simpático y amigable, parecer juvenil, asociándose a una figura legitimada entre l@s universitari@s.

Se trata en un caso de hablar de la integración y en el otro del Che para ser de buen tono y amable al auditorio, pareciendo a la vez generoso y contestatario, pero en ningún caso intentando entender ni modificar la realidad. Es algo parecido al intelectual que cita simultáneamente a Foucault, Habermas y Hannah Arendt, aunque sean tres personas que piensan distinto. Eso no es importante. No le interesa principalmente lo que piensan, lo que interesa es ganar patente de leíd@ y de estar al día, ante un público de incautos que no siempre sabe que esos autores escribieron algunas cosas hace ya muchísimo tiempo y que quien los cita en modo alguna muestra estar al día y siquiera a la moda. La falta de

densidad facilita una intelectualidad astuta más que inteligente. La astucia gana simpatías pero no genera densidad cultural.

¿Qué es entonces “pensar bien”? Me animo a sugerir los siguientes criterios: Pensar con lógica y método; pensar con honestidad intelectual, en el sentido de escuchar auténticamente las ideas, propuestas y argumentos de otras personas y en el sentido de trabajar sobre la base de datos y pruebas, es decir, manejar suficiente cantidad de información para elaborar teorías o realizar recomendaciones; pensar con inventiva y creatividad evitando los caminos trillados de las repeticiones y las modas; pensar con radicalidad y profundidad evitando las frases con sentidos diversos que se usan para hablar sin decir nada; pensar con sentido común, que es algo tan decisivo como difícil de comunicar y eso en tanto se posea (cosa que muchos creemos y pocos gozan) y que parece ser algo así como la capacidad de entender las cosas a la luz del contexto y la experiencia, lo que permitiría determinar su sentido, posibilidad y proyecciones.

Por cierto, los asuntos del conocimiento, de la ciencia y la tecnología en el mundo globalizado se abordan muchas veces con un voluntarismo opuesto al sentido común. Distintas personas han formulado la pregunta, en nuestra región, sobre la globalización que queremos. Pero no se trata de saber qué globalización “queremos” ¡como si pudiéramos elegirla! En cualquiera que sea debemos adaptarnos lo mejor posible y alcanzar allí el nivel necesario para no ser desechados. A países que representan el 1 por mil o menos del poder mundial, como los nuestros, nadie va a preguntarles que globalización quieren. Y no es menos torpe imaginar que vamos a ponernos de acuerdo en una respuesta única, dada nuestra trayectoria, y menos todavía que la respuesta que demos sea la acertada, la correcta, la pertinente o la adecuada. Debemos alcanzar los niveles necesarios de calidad. No hay otra opción. No está en nuestras manos generar una globalización que nos “convenga” o que sea benévola con nuestras debilidades. Mucho más pertinente, en cambio, es la pregunta por los elementos de nuestra cultura que podríamos potenciar o inhibir para insertarnos mejor, o como aprender los modos de navegar en este río que nos lleva como cáscaras de nueces. La pregunta por la globalización que queremos, en nuestros pequeños países, es análoga a la que se formularon aquellas personas que viajaban por el Amazonas. Se cuenta que iban en una embarcación desde Belén a Manaus y el tiempo corría junto con el río, en sentido inverso a los intereses de los viajeros. Algo angustiados por su poco avance y convencidos que no llegarían en buena hora al festival al que debían asistir, se preguntaron por lo que podría hacerse. Unos sugirieron cambiar de medio de locomoción, otros hacer una vaca (o colecta) y comprarle un nuevo motor a la embarcación, otros todavía colaborar remando. Uno formuló las cosas así: ¿Cómo debería ser el Amazonas, para que llegáramos a tiempo al destino? Luego reformuló, más sintéticamente, su pregunta: ¿Qué Amazonas queremos? Una discusión, una votación y la mayoría concluyó que el Amazonas que quería era uno que corriera en dirección inversa, desde el Atlántico hacia los Andes y llevara raudo a su ahora tan lento vaporetto. Lo echaron a la orilla, tomaron unas herramientas y comenzaron, a unos cien metros de la ribera, a cavar un canal que debería tener unos tres mil kilómetros, con leve pendiente inversa, y que serviría, luego de ser llenado, para navegar a favor de la corriente hasta el destino tan deseado.

Esa pregunta sobre la globalización que deseáramos suena tan absurda como la propuesta de ese amigo que pretendía que América se detuviera hasta estar completamente de acuerdo en lo que es la “americología” o la “americanidad”, para que luego ya consensuados, volviéramos a ponernos a caminar, ahora de la manera y hacia el rumbo correctos. Para pensar el tema de la globalización es imprescindible asumir cuanto pesa nuestra región y nuestros países en el poder mundial: Brasil pesa alrededor del 1%, Chile alrededor del 1 por mil y Honduras alrededor del 1 por diez mil. Toda América Latina quizás pese entre el 2 y el 3% del poder mundial. Pensar la globalización es algo similar a pensar el tema del colonialismo y del imperialismo que tanto mal nos han hecho. Para pensarlos adecuadamente hay que hacerlo, entre otras formas, en términos comparativos. Por ejemplo, preguntarse por qué la expansión europea y el colonialismo entraron tan fácilmente y tan fácilmente trastornaron a África y por qué no pudieron entrar en Japón; preguntarse por qué los esclavos que alimentaron la economía mundial no fueron japoneses o no fueron turcos o no fueron escandinavos. Hubo pueblos que se defendieron mejor y otros peor; hubo pueblos que se defendieron cohesionadamente y otros que no; hubo grupos armados que defendieron a sus pueblos y hubo otros que se dedicaron a capturarlos para venderlos como esclavos.